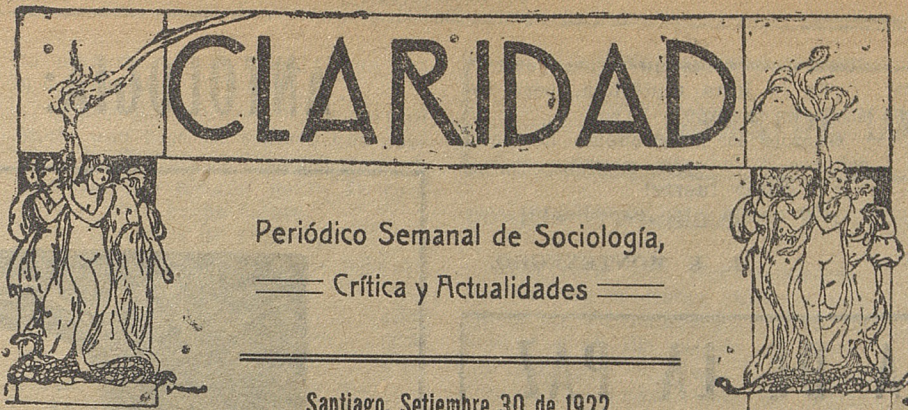


ORGANO
DE LAS
PUBLICACIONES
OFICIALES
DE LA
FEDERACION
DE
ESTUDIANTES
DE
CHILE



CLARIDAD no tiene opinión oficial
Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas.
Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos.
Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE J. D. GÓMEZ ROJAS

No con estremecida emoción, no con balbuceos de literario sentimentalismo, hemos de remozar el recuerdo del que siendo un poeta, supo ser también ante todo y sobre todo, un hombre libre. Imprecación rebelde, calor de protesta, afirmación alentadora y demoledora deben unguir nuestra sinceridad en el aniversario de la tragedia inevitable.

Frente a la injusticia formidable que hace sangrar el alma de la multitud, rebañega y resignada, alcemos, robusteciéndolas en nuestra incipiente tradición de sacrificio, la acusación viril, la negación atrevida de todos los cánones tiranizantes, la voz de esperanza y de fuerza revolucionadora.

Domingo Gómez Rojas dió con su vida pauta a la acción futura de la juventud; con su muerte, ejemplo de lealtad a los ideales. En horas efervescentes en las que era delito el pensamiento emancipado y blasfemia el grito de la verdad, sus palabras, trémulas de heroísmo condenatorio, iban a azotar el rostro de los gobernantes, de los políticos, de los periodistas, de los jueces, de todos los que sancionaron la iniquidad o enmudecieron cobardemente ante su consumación.

Todos conocen la historia de la época nefasta. El gobierno de Sanfuentes por móviles políticos ordenó una movilización estrofa-laria. La Federación de Estudiantes—única voz que clamó en el desierto de la imbecilidad colectiva—pidió que se aclarara la desconcertante situación exponiendo a la discusión pública las causas de la extraña determinación gubernativa. Los universitarios fueron, entonces acusados de traidores a la República. La prensa burguesa se ensañó con ellos. Y hubo diario ultramontano, llevado por su patriótico y católico fervor que llegó a asegurar que la Federación junto con el entonces candidato Alessandri, y la I. W. W., recibían dinero del Perú para hacer en Chile la Revolución Social. En vano fué que la juventud universitaria explicara con temerosa minuciosidad su concepto del patriotismo; en vano que se lanzaran proclamas anodinas en momentos que exigían la rotundidad de las afirmaciones decisivas. El ambiente estaba caldeado de propósitos bélicos; pre-cedidas del trapo tricolor las turbas vociferaban, por las calles, su odio ancestral sabiamente exacerbado por la burguesía usufructuadora. El Club de la Federación fué asaltado y destruído; empas-

teladas las imprentas obreras; perseguidos y encarcelados los que habían tenido una actuación más o menos señalada en la permanente agitación social. Entre otros muchos, J. D. Gómez Rojas.

El proceso que se le siguió, vergonzoso por la carencia de fundamentos, criminal por su calculada lentitud, es uno de esos testimonios irrefutables que aseguran la corrupción total de la justicia chilena y el fracaso de un régimen cimentado en el privilegio autoritario.

Gómez Rojas no soportó la tortura cotidiana de la Cárcel; desgarróse su eximia sensibilidad, la locura estrujó su espíritu forjador de ritmos inquietantes, bellos en la simplicidad de su perfección. Y murió. La apoteosis extraordinaria tributada por el pueblo, todos la guardan en su memoria. Lo que en aquella ocasión realizase, hizo crispar mi corazón en una larga indignación impotente; fué la actitud de los políticos. Perdido en el anonimato de la muchedumbre, escuché las palabras falaces, tras cuya sensiblera sonoridad se descubría el sucio afán utilitario. Ellos que pudieron, desde la más resonante tribuna de la República, exparcir la verdad, emplazar a los falsarios, develar sus maquinaciones, exigir el término de la pavorosa comedia judicial, iban a hacer histéricos aspavientos ante lo irremediable. Se acercaba la renovación eleccionaria y era preciso granjearse el afecto de la Gran Bestia conmovida!

...Han pasado dos años. Y cada día con silenciosa tenacidad hemos ido, los estudiantes, acrecentando nuestra era fecunda. Y depurándola. Aliento del porvenir nos llega en la noche que envuelve nuestra protesta, débil aún. Llenos de confianza optimista miramos hacia el vasto mañana donde las utopías generosas de hoy serán pujantes realidades. Y nos sentimos fuertes porque tenemos la esperanza; seguros de nuestra verdad porque la ha enaltecido la persecución y la ha purificado el sacrificio. El nombre de Domingo Gómez Rojas es incitación constante. La acción se vigoriza; los ideales adquieren contornos definitivos; una línea invariable marca la ruta de nuestro espíritu.

Si ayer, acomodamos nuestras declaraciones pacifistas, a las normas cívicas imperantes, hoy rompíamos con desesperada convicción, la tabla carcomida de los valores tradicionales. Lo que fué balbuceo ha de ser grito anuncia-

dor. En la lucha cruenta que sostenemos contra la mentira organizada de la sociedad presente, las palabras ambiguas son trasunto de cobardía moral; los términos medios indican subterránea complicidad con lo que se trata de destruir. Tenemos el deber de la ruda sinceridad, de la áspera y austera franqueza, que, en último significado, sólo es fidelidad para con nosotros mismos.

“Vivir es emplear el corazón y el cerebro en combatir la injusticia”—clamó un hombre libre. Gómez Rojas vivió. Entre los caracteres amorfos que son legión,

fué un hombre; en medio de la ramplonería lírica de los afeminados y los incapaces, fué un Poeta.

Tú, hermano desconocido, que sientes una pura curiosidad y una inquietud prometedor, mira su ejemplo, abandona tu indiferente conformidad, cíncélate un alma. Y después, sólo después de eso, busca, con tu ideal, a los demás.

Y si él es el mismo que el nuestro, únete a nosotros, únete a los que dispersos sobre el haz de la tierra, preparan el gran medio día de la vida.

EUGENIO GONZALEZ R.

El alza del Tarifado Tranviario

Al fin la Empresa de Tranvías se sale con la suya, al conseguir la realización de su porfía para doblar las tarifas.

Dicen que el triunfo corona los esfuerzos del porfiado. Y esta vez el tesón Aragonés de la Empresa confirma la regla. Mayormente, el triunfo se lo ha dado, más que su terca y ardorosa porfía, la desidia, la clásica desidia del pueblo trabajador respecto de un grave asunto que tan de cerca ataca sus intereses económicos.

Hombres empeñosos y de buena voluntad, pero pocos, han estado durante el último tiempo tocando la campana anunciadora de peligro. Pero el pueblo les hizo el vacío, les dejó solos predicando en el desierto desolado de la apatía pública. Su total indiferencia parece indicar que se trataba de un peligro lejano, remoto, que no llegaría a las vías de hecho sino dentro de muchísimo tiempo. Sin embargo, el peligro se cierne ya sobre su cabeza, y el alza de las tarifas, aprobada ya por una Municipalidad complaciente, espera sólo el referendun del Congreso...

Hasta este extremo hemos llegado, gracias a la indiferencia popular. Parece que con la inmigración turcomana, el musulmanismo oriental ha sido transplantado a Chile, donde ha encontrado tierra propicia y fecunda para su germinación...

Es una desgracia más que hay que sumar a las muchas que padecemos.

* *

Cuando tuvo lugar la primera alza de tarifas, de cinco a diez centavos en primera clase, y de dos y medio a cinco en segunda, se convino, tácitamente entre la Municipalidad y la Empresa que si el cambio internacional se ponía sobre quince peniques, las tarifas

bajarían a su valor primitivo, de cinco y dos y medio centavos.

Todo el mundo sabe, porque es historia de ayer, que en los años 16, 17 y 18, el cambio se mantuvo, por espacio de mucho tiempo, sobre quince peniques, entonado con las fuertes exportaciones de salitre que demandaban los aliados para la fabricación de explosivos.

Pues bien, la circunstancia anotada fué hecha valer por los alcaldes de aquel entonces, para dar cumplimiento al contrato y reducir las tarifas a lo convenido. Pero la Empresa, espaldada por su abogado y por los gestores que tiene cerca del Gobierno,—todos muy patriotas,—puso orejas de mercader a las peticiones alcaldicias, y siguió robando al pueblo, exoliando a los trabajadores, en contra del contrato y de la moralidad pública.

Ahora pide doblar las tarifas porque el cambio ha bajado y los materiales que emplea han subido de precio. ¡Es muy singular el criterio de esta Empresa, que juntamente con explotar a sus empleados, explota también a la ciudad! Cuando el cambio ha subido, se ha negado a cumplir los contratos, rebajando las tarifas; pero cuando el cambio baja, la Empresa reclama un alza de las tarifas. ¡Es la ley del embudo que aplican al país los explotadores extranjeros, valiéndose de unos cuantos malos chilenos, con bastante influjo, desgraciadamente, en las esferas del Gobierno.

* *

El pueblo trabajador ha podido, pero no ha querido protestar de la exacción que se veía venir. El marasmo en que vive habitualmente, no le ha dejado ver el “regalo” que le preparaban de consuno la Empresa, la Municipalidad y los